

Santo Domingo busca las ovejas perdidas

El Santo Rosario se relaciona estrechamente con Santo Domingo de Guzmán (1170-1221), el español que fundó la Orden de Predicadores o sea los dominicanos. Desde el siglo quince en adelante los dominicanos fueron los promovedores principales del Rosario.

La Madre de Dios, en persona, le enseñó a Santo Domingo a rezar el rosario en el año 1208 y le dijo que propagara esta devoción y la utilizara como arma poderosa en contra de los enemigos de la fe.

Domingo de Guzmán era un santo sacerdote español que fue al sur de Francia para convertir a los que se habían apartado de la Iglesia por la herejía albigense. Esta enseña que existen dos dioses, uno del bien y otro del mal. El bueno creó todo lo espiritual. El malo, todo lo material. Como consecuencia, para los albigenses, todo lo material es malo. El cuerpo es material; por tanto, el cuerpo es malo. Jesús tuvo un cuerpo, por consiguiente, Jesús no es Dios.

También negaban los sacramentos y la verdad de que María es la Madre de Dios. Se rehusaban a reconocer al Papa y establecieron sus propias normas y creencias. Durante años los Papas enviaron sacerdotes celosos de la fe, que trataron de



La anunciación. Bartolomé Esteban Murillo (1618-1682). Museo del Prado, Madrid.


convertirlos, pero sin mucho éxito. También había factores políticos envueltos.

Domingo trabajó por años en medio de estos desventurados. Por medio de su predicación, sus oraciones y sacrificios, logró convertir a unos pocos. Pero, muy a menudo, por temor a ser ridiculizados y a pasar trabajos, los convertidos se daban por vencidos. Domingo dio inicio a una orden religiosa para las mujeres jóvenes convertidas. Su convento se encontraba en Prouille, junto a una capilla dedicada a la Santísima Virgen. Fue en esta capilla en donde Domingo le suplicó a Nuestra Señora que lo ayudara, pues sentía que no estaba logrando casi nada.

La Virgen se le apareció en la capilla. En su mano sostenía un rosario y le enseñó a Domingo a recitarlo. Dijo que lo predicara por todo el

mundo, prometiéndole que muchos pecadores se convertirían y obtendrían abundantes gracias.

Domingo salió de allí lleno de celo, con el rosario en la mano. Efectivamente, lo predicó, y con gran éxito por que muchos albigenses volvieron a la fe católica.

Lamentablemente la situación entre albigenses y cristianos estaba además vinculada con la política, lo cual hizo que la cosa llegase a la guerra. Simón de Montfort, el dirigente del ejército cristiano y a la vez amigo de Domingo, hizo que éste enseñara a las tropas a rezar el rosario. Lo rezaron con gran devoción antes de su batalla más importante en Muret. De Montfort consideró que su victoria había sido un verdadero milagro y el resultado del rosario. Como signo de gratitud, De Montfort construyó la primera capilla a Nuestra Señora del Rosario. 



Inmaculada. (1628) Pedro Pablo Rubens (1577-1640). Museo del Prado, Madrid.

El Rosario

«compendio del Evangelio»

Juan Pablo II

A la contemplación del rostro de Cristo sólo se llega escuchando, en el Espíritu, la voz del Padre, pues nadie conoce bien al Hijo sino el Padre (Mt 11, 27).

Cerca de Cesarea de Felipe, ante la confesión de Pedro, Jesús puntualiza de dónde proviene esta clara intuición sobre su identidad: **No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos** (Mt 16, 17).


Así pues, es necesaria la revelación de lo alto. Pero, para acogerla, es indispensable ponerse a la escucha: «Sólo la experiencia del silencio y de la oración ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio».

El Rosario es una de las modalidades tradicionales de la oración cristiana orientada a la contemplación del rostro de Cristo.

Así lo describía el Papa Pablo VI: «Oración evangélica centrada

en el misterio de la Encarnación redentora, el Rosario es, pues, oración de orientación profundamente cristológica.

En efecto, su elemento más característico –la repetición litánica del «Dios te salve, María»– se convierte también en alabanza constante a Cristo, término último del anuncio del Ángel y del saludo de la Madre del Bautista: «Bendito el fruto de tu seno» (Lc 1,42).

Diremos más: la repetición del **Ave María** constituye el tejido sobre el cual se desarrolla la contemplación de los misterios: el Jesús que toda Ave María recuerda es el mismo que la sucesión de los misterios nos propone una y otra vez como Hijo de Dios y de la Virgen». 

Experiencia de vida

El Rosario no es para mí una oración rutinaria, porque he encontrado en María la inspiración para rezar con devoción. Al rezar el Rosario y al encontrar el sentido del mismo, me siento protegido por María y vivo la paz que me deja el unirme en oración a ella. En el Rosario busco devolver con devoción las abundantes gracias que recibo de Dios por intercesión de María. Trato de depositar toda mi confianza en ella para que me lleve a Dios.

Luis Fallas, 42 años. ADMA. Cartago, Costa Rica

Comprender a Cristo desde María

Juan Pablo II


Cristo es el Maestro por excelencia, el revelador y la revelación. No se trata sólo de comprender las cosas que Él ha enseñado, sino de **'comprenderle a Él'**. Pero en esto, ¿qué maestra más experta que María? Si en el ámbito divino el Espíritu es el Maestro interior que nos lleva a la plena verdad de Cristo (cf. *Jn 14, 26; 15, 26; 16, 13*), entre las criaturas nadie mejor que Ella conoce a Cristo, nadie como su Madre puede introducirnos en un conocimiento profundo de su misterio.

El primero de los 'signos' llevado a cabo por Jesús –la transformación del agua en vino en las bodas de Caná– nos muestra a María precisamente como maestra, mientras exhorta a los criados a ejecutar las disposiciones de Cristo (cf. *Jn 2, 5*).

Y podemos imaginar que ha desempeñado esta función con los discípulos después de la Ascensión de

Jesús, cuando se quedó con ellos esperando el Espíritu Santo y los confortó en la primera misión. Recorrer con María las escenas del Rosario es como ir a la 'escuela' de María para leer a Cristo, para penetrar sus secretos, para entender su mensaje.

Una escuela, la de María, mucho más eficaz, si se piensa que Ella la ejerce consiguiéndonos abundantes dones del Espíritu Santo y proponiéndonos, al mismo tiempo, el ejemplo de aquella «peregrinación de la fe», en la cual es maestra incomparable.

Ante cada misterio del Hijo, Ella nos invita, como en su Anunciación, a presentar con humildad los interrogantes que conducen a la luz, para concluir siempre con la obediencia de la fe: **He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra** (*Lc 1, 38*). 



La concepción de "El Escorial". (1660-1665) Bartolomé Esteban Murillo (1618-1682). Museo del Prado, Madrid.

María modelo de contemplación

Juan Pablo II

La contemplación de Cristo tiene en María su **modelo insuperable**. El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial. Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún.

Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza


a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos. Cuando por fin lo da a luz en Belén, sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo «envolvió en pañales y le acostó en un pesebre» (*Lc 2, 7*).

Desde entonces su mirada, siempre llena de adoración y asombro, no se apartará jamás de Él.

• Será a veces **una mirada interrogadora**, como en el episodio de su extravío en el templo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?» (*Lc 2, 48*);

• será en todo caso **una mirada penetrante**, capaz de leer en lo íntimo de Jesús, hasta percibir sus sentimientos escondidos y presentir sus decisiones, como en Caná (cf. *Jn 2, 5*);

• otras veces será **una mirada dolorida**, sobre todo bajo la cruz, donde todavía será, en cierto sentido, la mirada de la 'parturienta', ya que María no se limitará a compartir la pasión y la muerte del Unigénito, sino que acogerá al nuevo hijo en el discípulo predilecto confiado a Ella (cf. *Jn 19, 26-27*);

• en la mañana de Pascua será **una mirada radiante** por la alegría de la resurrección y, por fin, **una mirada ardorosa** por la efusión del Espíritu en el día de Pentecostés (cf. *Hch 1, 14*). 

Misterios de luz

Juan Pablo II

Pasando de la infancia y de la vida de Nazaret a la vida pública de Jesús, la contemplación nos lleva a los misterios que se pueden llamar de manera especial «misterios de luz».

En realidad, *todo el misterio de Cristo es luz*. Él es «la luz del mundo» (Jn 8, 12). Pero esta dimensión se manifiesta sobre todo *en los años de la vida pública*, cuando anuncia el evangelio del Reino. Deseando indicar a la comunidad cristiana cinco momentos significativos –misterios «luminosos»– de esta fase de la vida de Cristo, pienso que se pueden señalar: 1. su Bautismo en el Jordán; 2. su autorrevelación en las bodas de Caná; 3. su anuncio del Reino de Dios invitando a la conversión; 4. su Transfiguración; 5. institución de la Eucaristía, expresión sacramental del misterio pascual.

Cada uno de estos misterios *revela el Reino ya presente en la persona misma de Jesús*.

Misterio de luz es ante todo el Bautismo en el Jordán. En él, mientras Cristo, como inocente que se hace ‘pecado’ por nosotros (cf. 2 Co 5, 21), entra en el agua del río, el cielo se abre y la voz del Padre lo proclama Hijo predilecto (cf. Mt 3, 17 par.), y el Espíritu desciende sobre Él para investirlo de la misión que le espera.

Misterio de luz es el comienzo de los signos en Caná (cf. Jn 2, 1-12), cuando Cristo, transformando el agua en vino, abre el corazón de los discípulos a la fe gracias a la intervención de María, la primera creyente.

Misterio de luz es la predicación con la cual Jesús anuncia la llegada del Reino de Dios e invita a la conversión (cf. Mc 1, 15), perdonando los pecados de quien se acerca a Él con humilde fe (cf. Mc 2, 3-13; Lc 7,47-48), iniciando así el ministerio de misericordia que Él continuará ejerciendo hasta el fin del mundo, especialmente a través del sacramento de la Reconciliación confiado a la Iglesia.

Misterio de luz por excelencia es la Transfiguración, que según la tradición tuvo lugar en el Monte Tabor. La gloria de la Divinidad resplandece en el rostro de Cristo, mientras el Padre lo acredita ante los apóstoles extasiados para que lo «escuchen» (cf. Lc 9, 35 par.) y se dispongan a vivir con Él el momento doloroso de la Pasión, a fin de llegar con Él a la alegría de la Resurrección y a una vida transfigurada por el Espíritu Santo.

Misterio de luz es, por fin, la institución de la Eucaristía, en la cual Cristo se hace alimento con su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino, dando testimonio de su amor por la humanidad «hasta el extremo» (Jn 13, 1) y por cuya salvación se ofrecerá en sacrificio.

Excepto en el de Caná, en estos misterios *la presencia de María queda en el trasfondo*. Los Evangelios apenas insinúan su eventual presencia en algún que otro momento de la predicación de Jesús (cf. Mc 3, 31-35; Jn 2, 12) y nada dicen sobre su presencia en el Cenáculo en el momento de la institución de la Eucaristía. Pero, de algún modo, el cometido que desempeña en Caná acompaña toda la misión de Cristo. La revelación, que en el Bautismo en el Jordán proviene directamente del Padre y ha resonado en el Bautista, aparece también en labios de María en Caná y se convierte en su gran invitación materna dirigida a la Iglesia de todos los tiempos: «Haced lo que él os diga» (Jn 2, 5). Es una exhortación que intro-

duce muy bien las palabras y signos de Cristo durante su vida pública, siendo como el telón de fondo mariano de todos los «misterios de luz».



La concepción de “El Escorial”. (1660-1665) Bartolomé Esteban Murillo (1618-1682). Museo del Prado, Madrid.

Don Bosco y el Rosario

SERGIO CHECCHI

Un día de febrero de 1848 había llegado al oratorio de Don Bosco el marqués Roberto d'Azeglio, alcalde de Turín, a invitarlo para que, a la cabeza de sus muchachos, participaran en una manifestación política. Don Bosco, con respeto pero también con firmeza, se rehusó; su política era otra.

Pero, mientras conversaban, le mostró la casa, le habló de sus planes para el futuro, y le describió el horario y las actividades de sus muchachos. El marqués manifestaba su admiración y alababa todo; pero, al despedirse, le hizo notar a Don Bosco que el Rosario, esa antigualla de cincuenta avemarías ensartadas una tras otra, no tenía razón de ser y que debería suprimirse tan aburrida rutina. "Pues mire, respondió amablemente Don Bosco, esa rutina la tengo metida en el alma; en ella se apoya mi institución, y estaría dispuesto a dejar muchas otras cosas importantes antes que ésta; y, si fuera necesario, hasta renunciaría a su valiosa amistad, pero no al rezo del santo Rosario".

Juanito Bosco había aprendido el Rosario de mamá Margarita, en casa, y aprovechaba la soledad y el silencio del campo para recitarlo mientras, como pastorcito, cuidaba la vaca. Nunca dejó el Rosario en toda su vida. "Esta piadosa práctica—escribe su biógrafo—era para él tan necesaria para el buen vivir, como



el pan de cada día para mantenerse en fuerzas y no morir".

Era aún joven seminarista de 22 años y estaba pasando las vacaciones en su casa, cuando de un pueblo cercano lo invitaron para que les predicara sobre el santo Rosario. Aceptó la oportunidad y subió por primera vez al púlpito, contento de poder ofrecer a la Santísima Virgen, su Madre y guía, las primicias de su predicación.

En 1848 Don Bosco mandó construir, junto a su casa natal, una capillita y la dedicó precisamente a la Virgen del Rosario. Todos los años, en Octubre, llevaba allí grupos de sus muchachos a celebrar la fiesta.

En los comienzos de su sacerdocio, cuando aún no tenía a salesianos ni jóvenes viviendo con él, rezaba el Rosario con sus oratorianos el día

Domingo y los animaba para que, durante la semana, lo siguieran rezando en sus casas. Les decía "que antes de dejarlo por falta de tiempo, lo rezasen a trozos, aun durante el trabajo o bien al ir y volver de las fábricas". Les aseguraba que el santo Rosario es un medio maravillosos para conservar la virtud de la pureza y defenderse contra las asechanzas del demonio. Cuando luego ya tuvo con él a salesianos y muchachos, en la Casa del Oratorio resonaba diariamente esa oración; no había excepción.

El 20 de agosto de 1862, por la noche, don Bosco contó a sus muchachos un sueño, que había tenido una de esas noches: un prado, una enorme serpiente, una cuerda y muchos jóvenes en torno. El personaje del sueño, ayudado por Don Bosco, había azotado con la cuerda el lomo de la serpiente; ésta había

saltado, se había retorcido, se había enredado en la cuerda, y había terminado despedazada y muerta. Recogida la cuerda y guardada en una caja, cuando los muchachos fueron a abrir la caja, la cuerda se había dispuesto formando la palabra "Ave María". El personaje había comentado: "La serpiente representa al demonio y la cuerda el Ave María, o mejor, el Rosario, con el cual se puede derribar, vencer, destruir a todos los demonios del infierno". Don Bosco concluyó: "Recémoslo devotamente ante cualquier asalto de la tentación, seguros de que saldremos siempre victoriosos".

Nunca perdió esta devoción; más bien, la propagó con todos los medios, con la predicación y con los escritos, entre los jóvenes y el pueblo. Y la dejó como misión a sus salesianos.

Un testigo de los últimos años de Don Bosco cuenta: "Cuando el dolor de cabeza, la fatiga del pecho y los ojos medio apagados no le permitían ya ocuparse de nada, era conmovedor y edificante verlo pasar largas horas sentado en su pobre sofá, en un sitio semi-oscuro, siempre tranquilo y sonriente, con el rosario en la mano. Cuando entrábamos en su habitación para verlo y hablarle, lo encontrábamos siempre en meditación, y sus palabras expresaban paz, caridad y fe".

¡Qué bello es Don Bosco en todo!

Ea, cristianos,
rosas de tal Señora
no es justo
que se caigan
de las manos;
que, mientras
más traigáis
la mano en ellas
en vez de marchitarse,
están más bellas.



Lope de Vega

La oración



María ocupa un lugar destacado en las manifestaciones religiosas católicas. Podemos incluso afirmar, con Pablo VI, que la devoción a María es un elemento cualificador e intrínseco de la genuina piedad de la Iglesia y del culto cristiano.

Multitudes de personas visitan los santuarios marianos. La oración más difundida y rezada diariamente es el rosario. María está en el corazón de la comunidad católica y en el corazón de los fieles. María es *socorro, abogada, defensora, auxilio e intercesora* de los fieles. Ella es una manifestación privilegiada de Dios en una mujer, madre, virgen y santa en su vida desde su concep-

ción, modelo de los cristianos en la fe y del seguimiento de Cristo.

La devoción y veneración a María encuentra sus raíces en el Nuevo Testamento. Ya las primeras comunidades cristianas tenían gran admiración a la madre de Jesús. El evangelio de Lucas es el que más nos habla de María. Veían en ella a la joven que ha escuchado la voz de Dios y que, a pesar de las dificultades, quiere seguir la vocación de ser madre de Jesús, que el ángel le anuncia (Lc 1, 38). María es para la comunidad cristiana la muchacha creyente, *dichosa tú que has creído que se cumplirían las cosas que fueron dichas de parte del Señor* (Lc 1, 45). Es la joven que ha confiado en Dios y por eso se *alegra en Dios su salvador*, que se ha fijado en su persona sencilla y humilde (Lc 1, 47).

mariana

En la vida de la iglesia

FÉLIX
SERRANO

En la historia de la Iglesia la primera oración que aparece dirigida a María madre de Dios es **Bajo tu amparo** que se remonta al siglo IV. Es una plegaria breve, que se dirige a María como **Santa, Madre de Dios, Virgen**. El fiel creyente, a veces necesitado de ayuda y en peligros, quiere protegerse bajo el manto de María para ser liberado de sus tribulaciones. En muchas ocasiones todavía la comunidad cristiana hace suya esta oración:

Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios, no desprecies las oraciones que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien líbranos de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita.

Durante la Edad Media, siglos XI-XVI, se difundieron varias oraciones dirigidas a María: **el Angelus, el Rosario, las letanías**. Son oraciones sencillas, muy bíblicas, porque sus textos se han tomado de la Sagrada Escritura. A través de ellas el pueblo cristiano se ha dirigido a María y así ha mantenido su fe, en unos tiempos en que las oraciones litúrgicas se hacían en latín y los fieles desconocían esa lengua.

El Vaticano II ha realizado una gran reforma sobre la vida y oración de los fieles católicos. En la Constitución sobre la Iglesia (cap. VIII) nos dice que el culto de los cristianos, culto de adoración, sólo lo debemos hacer a Dios. A María le profesamos una especial veneración. La oración, igualmente, se dirige principalmente a Dios Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu. La Iglesia considera como el centro del culto, de la vida espiritual, a la comunidad cristiana reunida celebrando los acontecimientos de la salvación, especialmente la Eucaristía. Cristo es el único Mediador y salvador (1 Tim 2, 5-6); por eso los cristianos se dirigen a Cristo como el centro de su fe. Este puesto no puede ser ocupado por ninguna otra persona; de lo contrario se desvirtuaría la fe cristiana.

La Iglesia Católica, en la actualidad, recomienda a sus fieles que la oración principal sea, sobre todo, la oración litúrgica, que es el culto público y oficial de la Iglesia a Dios, que comprende las celebraciones del año litúrgico, de los sacramentos y de la liturgia de las horas. También exhorta a realizar otras prácticas religiosas

públicas o privadas, que sin ser litúrgicas, ayudan a los fieles; tal es el caso del rezo del rosario, del angelus u otras oraciones marianas o que se dirigen a los santos.

La oración mariana se dirige, por María, a Dios. Los creyentes saben que María es una mujer excepcional, madre-virgen del Salvador, que ha sabido responder extraordinariamente a lo que Dios le pedía. María, por ser mujer, está cerca de nosotros y por su condición de mujer y madre, la vemos muy cercana y nos dirigimos a ella en nuestra vida de fe: la invocamos, pedimos su intercesión y la imitamos. Sabemos que el único Mediador y dador de la salvación es Jesús, pero recurrimos a María como intercesora ante Jesús. La Iglesia, a través de los Papas, ha recomendado constantemente la oración a María, que ayuda a los cristianos en su vida de fe y las múltiples situaciones de su vida.

La oración a María se ha convertido también en un signo de la identidad católica, en lugares de gran difusión de grupos evangélicos, que en general no tienen el respeto que la gran tradición eclesial de los primeros siglos ha brindado a María, Madre de Dios y virgen.



La familia: los padres...

Juan Pablo II

El Rosario es, desde siempre, una oración de la familia y por la familia. Antes esta oración era apreciada particularmente por las familias cristianas, y ciertamente favorecía su comunión. Conviene no descuidar esta preciosa herencia. Se ha de volver a rezar en familia y a rogar por las familias, utilizando todavía esta forma de plegaria.

Si en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* he alentado la celebración de la *Liturgia de las Horas* por parte de los laicos en la vida ordinaria de las comunidades parroquiales y de los diversos grupos cristianos, deseo hacerlo igualmente con el Rosario. Se trata de dos caminos no alternativos, sino complementarios, de la contemplación cristiana. Pido, por tanto,

a cuantos se dedican a la pastoral de las familias que recomienden con convicción el rezo del Rosario.

La familia que reza unida, permanece unida. El Santo Rosario, por antigua tradición, es una oración que se presta particularmente para reunir a la familia. Contemplando a Jesús, cada uno de sus miembros recupera también la capacidad de volverse a mirar a los ojos, para comunicar, solidarizarse, perdonarse recíprocamente y comenzar de nuevo con un pacto de amor renovado por el Espíritu de Dios.

Muchos problemas de las familias contemporáneas, especialmente en las sociedades económicamente más desa-

rolladas, derivan de una creciente dificultad para comunicarse. No se consigue estar juntos y a veces los raros momentos de reunión quedan absorbidos por las imágenes de un televisor.

Volver a rezar el Rosario en familia significa introducir en la vida cotidiana otras imágenes muy distintas, las del misterio que salva: la imagen del Redentor, la imagen de su Madre santísima. La familia que reza unida el Rosario reproduce un poco el clima de la casa de Nazaret: Jesús está en el centro, se comparten con él alegrías y dolores, se ponen en sus manos las necesidades y proyectos, se obtienen de él la esperanza y la fuerza para el camino. 



Experiencia de vida

Para mí es la oración más hermosa que encuentro para sentirme cerca de la Madre de Dios. El Santo Rosario me permite contemplar el nacimiento, la vida, la pasión, muerte y resurrección de nuestro Salvador. Me hace recordar a cada momento que tengo un Padre que me ama y al cual debo mi creación, a un hermano divino que dio su vida por mí y que la sigue ofreciendo a Dios Padre en la Eucaristía, y al Espíritu Santo, quien me guía e ilumina en mi vida. Todo esto lo contemplo en los misterios.

En María siento un gran gozo al recordar el "Sí" de ella, por el que nos vino la salvación al mundo. También me cuestiona porque me hace reflexionar hasta qué punto estoy dispuesta a decir "sí" a todo lo que Dios me pide.

El Rosario ha sido una oración muy arraigada en mi familia. De ser una costumbre, ha pasado a ser para mí una necesidad, algo sin lo cual no puedo vivir. Es la oración que más me deleita, la que me hace sentir a María realmente a mi lado, que me acompaña para meditar los misterios de Dios.

Sandra Monge, Coordinadora de ADMA. Cartago, Costa Rica



El Santo Rosario me permite contemplar el nacimiento, la vida, la pasión, muerte y resurrección de nuestro Salvador.

Experiencia de vida

En semana santa fui con Griselda como misioneros a una pequeña población de El Salvador. El martes santo avisamos a la gente que no habría misa, pero que celebraríamos la Palabra. A las cinco de la tarde no había llegado nadie a pesar de los dos repiques de campana. Sólo

faltaba un tercer repique y empezamos a sentirnos tristes.

Griselda me sugirió rezar el rosario. Al terminar de rezarlo llegaron dos personas. Otras dos se añadieron. Al final había seis. Después de la celebración, una persona se acercó y nos dijo que había decidido no ir a la iglesia porque tenía mucho que hacer, pero que sintió algo en el corazón que la impulsó; además

tomó los lentes que nunca acostumbraba llevar a la iglesia. Ese día le tocó leer la primera lectura. Entonces recordé la frase de Jesús: *Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre ahí estaré yo.*

José Manuel Meléndez, 27 años, integrante del grupo EJE, del Instituto Técnico Ricaldone, de San Salvador (El Salvador).

El "Rosario"

Juan Pablo II

Instrumento tradicional para rezarlo es el rosario. En la práctica más superficial, a menudo termina por ser un simple instrumento para contar la sucesión de las Ave María. Pero sirve también para expresar un simbolismo, que puede dar ulterior densidad a la contemplación.

A este propósito, lo primero que debe tenerse presente es que el rosario está centrado en el Crucifijo, que abre y cierra el proceso mismo de la oración. En Cristo se centra la vida y la oración de los creyentes. Todo parte de Él, todo tiende hacia Él, todo, a través de Él, en el Espíritu Santo, llega al Padre.

En cuanto medio para contar, que marca el avanzar de la oración, el rosario evoca el camino incesante de la contemplación y de la perfección cristiana. El Beato Bartolomé Longo lo consideraba también como una 'cadena' que nos une a Dios. Cadena, sí, pero cadena dulce; así se manifiesta la relación con Dios, que es Padre. Cadena 'filial', que nos pone en sintonía con María, la «sierva del Señor» (Lc 1, 38) y, en definitiva, con el propio Cristo, que, aun siendo Dios, se hizo «siervo» por amor nuestro (Flp 2, 7).

Es también hermoso ampliar el significado simbólico del rosario a nuestra relación recíproca, recordando de ese modo el vínculo de comunión y fraternidad que nos une a todos en Cristo.

3. El nacimiento del Niño Jesús en el pobre y humilde portal de Belén.

2. La Visitación de María Santísima a su prima Santa Isabel

4. La Purificación de la Virgen María y Presentación del Niño Jesús en el Templo.

MISTERIOS GOZOSOS

(Se rezan los lunes y los sábados)

5. El Niño Jesús perdido y hallado en el Templo.

1. La Anunciación y Encarnación del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de la Virgen María.

4. Jesús con la cruz a cuestas, camino del Calvario.

3. Jesús es coronado de espinas.

5. La crucifixión y muerte de Jesús.

2. La flagelación de Jesús, atado a la columna.

MISTERIOS DOLOROSOS

(Se rezan los martes y viernes)

1. La oración de Jesús en el huerto de Getsemaní.

El avemaría

El avemaría ha tenido una larga evolución. El saludo del ángel y especialmente su primera palabra (Jaire en griego, Ave en latín) fue usada muy pronto por los cristianos para "saludar" a la Virgen, repitiéndola con frecuencia. Así se encuentra en algunos textos de los santos Padres alrededor del Concilio de Éfeso (año 431).

Esta repetición del Ave se concretó en Oriente en torno al siglo VI en el famoso himno mariano Akáthistos, en el que muchas de sus preciosas invocaciones incluyen el saludo Ave: Ave, columna de sacra pureza; Ave, umbral de la vida perfecta; Ave, Tú inicias la nueva progenie; Ave, virgen y esposa...



Inmaculada. Bartolomé Esteban Murillo (1618-1682) Museo del Prado, Madrid.

MISTERIOS LUMINOSOS
(Se rezan los jueves)

1. El bautismo de Jesús en el río Jordán.
2. Jesús y María en las bodas de Caná.
3. Jesús anuncia el Reino de Dios e invita a la conversión.
4. La transfiguración de Jesús en el monte Tabor.
5. La institución de la Eucaristía.

MISTERIOS GLORIOSOS
(Se rezan los miércoles y domingos)

1. La Resurrección del Señor.
2. La Ascensión del Señor al cielo.
3. La venida del Espíritu Santo sobre el Colegio apostólico.
4. La Asunción de Nuestra Señora al cielo.
5. La coronación de la Virgen María como Reina del universo.